

B antes del establecimiento de una convención que identifique a tal suceso en cualquier punto entre 1 y 3). Desarrollando conceptos originales de Riemann concluye que la inexistencia de la métrica intrínseca es consecuencia de las propiedades generales de los continuos indiferenciados (con elementos indiscernibles) como el espacio y el tiempo. Su justificación hace uso de resultados de Cantor acerca de la equicardinalidad de todos los continuos, pero si bien de aquí se infiere la imposibilidad de establecer una métrica 'objetiva' en base a la cardinalidad de segmentos de espacio o tiempo, no parece establecida la imposibilidad de todo criterio alternativo, que es lo que requeriría su tesis.

Finalmente quizás merezca observarse que la imposibilidad de adscribir una métrica intrínseca al espacio y al tiempo argumentada por Grünbaum, no es sólo física como lo era para el concepto de simultaneidad. Pero quizás fuera demasiado fuerte aplicar la tripartición reichenbachiana para las imposibilidades (técnicas, físicas y lógicas) y deducir por eliminación que se trata de una imposibilidad lógica. Grünbaum sólo pretende haber establecido que este es el caso, dado el hecho contingente de que nuestro espacio (tiempo) constituye un continuo del tipo requerido por sus argumentaciones.

JOSÉ ALBERTO COFFA

Hilary Putnam, "The Analytic and the Synthetic", *Minnesota Studies in the Philosophy of Science*, Univ. of Minnesota Press, vol. III, 1962, pp. 358-397.

El célebre artículo de W. Quine "Dos dogmas del empirismo", con su tesis de la inexistencia de la dicotomía entre enunciados analíticos y sintéticos, logró sin duda conmover el estado de bienestar en que vivían los filósofos para quienes aquella dicotomía representa uno de los pilares de su *Weltanschauung*. Una prueba de que alcanzó a "épater les bourgeois" de la filosofía analítica es la cantidad de réplicas a Quine que se sucedieron, disparadas desde ángulos tan diferentes como los de Carnap¹ y Strawson². El profesor Hilary Putnam, en su contribución al presente volumen, procura situarse en territorio neutral y desde allí evaluar los méritos relativos de Quine y sus contendientes. Sus conclusiones, como era de esperar, no consisten en dar toda la razón a una de las partes y negarla a la otra, pero es indudable que Quine resulta extrema-

¹ R. Carnap, "Meaning Postulates" en *Meaning and Necessity*, apéndice B.

² A. P. Grice y P. F. Strawson, "In Defense of a Dogma", *Philosophical Review*, 65 (1956).

damente favorecido. En efecto, si bien Putnam considera que la distinción analítico-sintético existe y que por lo tanto Quine, si tomamos “literalmente” su tesis, está equivocado, “en un sentido más profundo”, en cambio, Quine está en lo cierto, pues, aunque la distinción existe, sólo es aplicable en casos “triviales”. Además, el error que comete Quine al desconocer la distinción no es importante y no priva a su idea de su condición de fuente de progreso e iluminación filosófica. Por el contrario, el error opuesto al de Quine, en que incurren aquellos que exageran la importancia de la distinción procurando ajustar a ella todos los casos, es decir, extendiéndola por todo el ámbito de nuestro conocimiento hasta hacerla *exhaustiva*, es la raíz de “serias” confusiones y limitaciones filosóficas. Putnam se propone, en consecuencia, dar una batalla en dos frentes: argumentar, en primer término, en favor de la tesis de Quine, y defender luego, no obstante, la razonabilidad de la distinción analítico-sintético en *cierto tipo de casos*.

Siguiendo este orden, abre el fuego con una caracterización de lo que corrientemente se entiende por “enunciado analítico” y por “enunciado sintético”. A la primera categoría pertenecen aquellos enunciados verdaderos que nunca pueden volverse falsos a menos que ocurra primero un cambio en el significado de sus términos componentes; a la segunda, aquellos enunciados que son concluyentemente refutables por una experiencia *aislada*. Como casos paradigmáticos de ambos tipos de enunciados, el autor toma, respectivamente, “Todos los solteros son no-casados” y “Hay un libro sobre esta mesa”. Pues bien, caracterizada así la distinción, resulta que ningún enunciado “importante”, en especial ningún enunciado perteneciente a una teoría científica, con excepción, tal vez, de los enunciados de ínfimo nivel, es sintético.

Podría objetarse al autor que esta consecuencia se debe a que su caracterización de “enunciado sintético” no coincide en realidad con el uso corriente, pues habitualmente también se califica de sintéticos a enunciados *no* refutables por una experiencia *aislada*. Sin embargo, una caracterización más amplia (aunque no irrazonablemente amplia) de enunciado sintético, también dejaría fuera de esta categoría los enunciados “importantes” que, como en seguida veremos, Putnam examina con el propósito de demostrar que, pese a no ser sintéticos, tampoco son analíticos. Por lo tanto la objeción, si bien legítima, no alcanza a afectar realmente la tesis del autor. Esta tesis, como puede colegirse, consiste en sostener que todos los enunciados “importantes”, *virtualmente* todas las leyes científicas, así como también los principios de la lógica y las matemáticas y los que denomina “principios estructurales” (*framework principles*),

principios que por lo general forman parte implícitamente de numerosas teorías como por ejemplo “Existe el pasado”, pertenecen a una *tercera* categoría de enunciados respecto de los cuales “no es acertado preguntar ¿analítico o sintético?”. Estos enunciados, que estarían, por decirlo así, en un tercer estado, se distribuyen a su vez en un *continuo* que se extiende desde las verdades analíticas, en un extremo, a las sintéticas, en el otro, de acuerdo con el grado de convención y de información que incluyen. Los ejemplos que Putnam analiza son los de las leyes lógicas usuales, los postulados de la geometría euclídea y el caso de una definición de energía cinética que, antes de Einstein, se hubiera podido tomar como puramente estipulativa: $e = \frac{1}{2} mv^2$. Todos éstos son ejemplos de proposiciones que han perdido el supuesto carácter analítico con que se las dotara, o se las podría haber dotado, antes de la aparición de las lógicas intuicionistas y polivalentes, de las geometrías no euclídeas y de la definición de Einstein de energía ($e = mc^2 + \frac{1}{2}mv^2 + \dots$), respectivamente. Lo que tienen de común todos estos casos es, según Putnam, que las proposiciones originales no dejaron de ser válidas (en el sentido fuerte de analíticamente válidas) por un *cambio* de significado en sus términos componentes ni por una refutación empírica, sino por la sustitución del *marco teórico* en que estaban inscritas por un *nuevo* marco teórico en que se incorporaron principios opuestos a ellas y que resultó exitoso. Dicho brevemente, se trata de proposiciones que *sólo pueden dejarse de lado por motivos teóricos*. No nos es posible examinar aquí si los ejemplos que toma Putnam abonan realmente en favor de su tesis. Tenemos algunas dudas en tal sentido; así, por ejemplo, no resulta muy convincente, al menos no es obvia como pretende el autor, su afirmación de que las grandes diferencias que existen entre la lógica clásica y la intuicionista no pueden deberse a una “mera” redefinición de las conectivas. Parece, por el contrario, que una nueva definición de términos claves de una teoría debe tener importantísimas consecuencias. En todo caso, se trata de una cuestión que requeriría un examen aparte.

Lo que hasta aquí nos ha dicho Putnam se parece bastante a lo que ya nos dijera Quine. Se basa en la misma concepción holística del conocimiento humano, en el rechazo de su división en una parte sometida a confrontación con la experiencia y en otra inmune a tal confrontación. Pero lo realmente original del presente artículo es una teoría del significado que permite explicar por qué las leyes y definiciones científicas no son analíticas ni sintéticas y justificar, al mismo tiempo, cómo es posible que haya enunciados analíticos. La teoría en cuestión procede a clasificar los conceptos

en dos clases: la de aquellos que sólo requieren, para acotar perfectamente su significado, la formulación de una única conexión definitoria con otro concepto (por ejemplo “soltero”, igual por definición a “no-casado”) y la de aquellos que requieren múltiples conexiones con otros conceptos (por ejemplo “hombre”). Los primeros son conceptos de “criterio único” y los segundos de “criterios múltiples”. Entre estos últimos hay que distinguir, además, aquellos conceptos como “energía” cuyas diversas conexiones con otros conceptos constituyen leyes o definiciones científicas. Suponiendo que alguna de estas conexiones entre conceptos se presente, en cierto momento de la historia de la ciencia, como una definición estipulativa (por ejemplo $e = \frac{1}{2}mv^2$), ello, según Putnam, no implica, en contra de la opinión corriente que ve en la estipulación un caso trivial de analiticidad, que el enunciado en cuestión sea analítico, si por enunciado analítico se entiende un enunciado que solo puede rechazarse por un cambio en el significado de sus términos. Y aun en el caso, agrega Putnam, de que haya habido, al sustituirse la definición anterior de energía por la nueva definición formulada por Einstein, alguna alteración en el significado del término “energía”, ésta no pudo haber sido de tal naturaleza que pudiéramos decir que ya no tenemos el mismo concepto. o que ya no estamos hablando acerca de lo mismo, como sucedería en el caso de que “Todos los solteros son no-casados” se volviera falsa. Cuando intervienen conceptos como “energía”, cuyo significado depende de un conjunto de leyes (*law cluster concepts*) no puede establecerse una equivalencia estricta (analítica) con otro(s) concepto(s) por el hecho de que ninguna equivalencia en particular puede *fixar* el significado del concepto que, por otra parte, está en función de la cambiante historia de la ciencia.

Finalmente Putnam procede, según las líneas esbozadas, a justificar la distinción analítico-sintético en casos *triviales*, es decir, en casos que involucran conceptos de un único criterio. Se presenta aquí el problema de que es lógicamente posible que estos conceptos se transformen en conceptos de criterios múltiples, como ocurrió, por ejemplo, con el concepto de átomo cuando fue incorporado a la química. ¿Qué objeto tiene, entonces, conservar estas equivalencias analíticas si mañana pueden dejar de ser válidas? Putnam aduce aquí que, si bien es lógicamente posible que ello ocurra, es razonable esperar que no ocurra y, en consecuencia, aprovecharnos de las ventajas de tener, por decirlo así, zonas artificialmente congeladas de nuestro lenguaje. Una de las más obvias ventajas que se derivan de ello sería, por ejemplo, la de facilitar

la comunicación. Nada impide, por otra parte, que cuando se haga necesario modifiquemos nuestra definición analítica.

Esta última afirmación del profesor Putnam sugiere la pregunta de si la formulación de definiciones analíticas que incluyen conceptos de criterios múltiples, por ejemplo mediante "postulados de significación" a la manera de Carnap, no podría justificarse también siguiendo las mismas líneas. Nada impediría tampoco abandonar, en caso necesario, un postulado de significación de este tipo y, mientras tanto, tendríamos las ventajas de un lenguaje estabilizado.

La observación precedente sólo pretende abonar en favor de la opinión de que los problemas aquí examinados distan mucho aún de un esclarecimiento suficiente. La contribución del profesor Putnam no deja de ser, por ello, una de las más valiosas e interesantes de las que se han hecho al tema.

OSCAR NUDLER

P. Henle ed., *Language, Thought and Culture*, University of Michigan Press, Ann Arbor 1965, 273 pp.

No solamente los filósofos contemporáneos han mostrado una predilección especial por los problemas lingüísticos como tema de análisis. También los antropólogos, críticos literarios, lingüistas, sociólogos y psicólogos han llevado a cabo investigaciones y desarrollado teorías que apuntan a un conocimiento cada vez más detallado y sistemático de los elementos, estructura y funciones lingüísticas.

El aislamiento que inevitablemente produce la especialización y que, en particular, caracteriza al estudio del lenguaje dentro de disciplinas tan diversas, es susceptible de ser superado mediante la reunión de figuras prominentes de cada campo con el objeto de intercambiar opiniones, formular críticas y ensayar —dentro de lo posible— la enunciación de concordancias que permitan desarrollar teorías de mayor poder explicativo respecto de la naturaleza y funciones del lenguaje.

Esta posibilidad, casi ideal, se hizo realidad en la Universidad de Michigan durante el año académico 1951-1952.

Apoyados económicamente por la Fundación Rockefeller (y, parcialmente, por la Fundación Ford), un grupo de destacados especialistas se reunió semanalmente durante dicho año y discutió una serie de problemas relacionados con el lenguaje y el simbolismo. El objetivo de las reuniones fue la integración de los diversos campos con miras a un estudio sistemático del lenguaje. Dirigió la empresa el filósofo norteamericano C.L. Stevenson.